

JESÚS CASQUETE y RAFAEL CRUZ (eds.): *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2009, 352 págs.

Además de una realidad temida y escasamente controlada por el ser humano, la muerte quizá sea la única certeza, propia y ajena, de nuestra existencia. Popularmente se suele escuchar que la muerte es la gran igualadora, ya que a todos nos toca. Sin embargo, no todas las muertes, ni todos los muertos, son iguales. Al contrario. Mientras unos son enterrados en olor de multitudes, porque no siempre es en loor, otros son sepultados vergonzosamente por la noche y a escondidas, y hay miles de restos que descansan amontonados en fosas comunes al mismo tiempo que otros yacen en tumbas sin nombre. Asimismo, múltiples muertes, naturales o no, han sido usadas desde antiguo para facilitar la perpetuación de los ideales y valores defendidos por el fallecido en una especie de última aportación pedagógica a la memoria colectiva del grupo. Por ello, no debe sorprendernos que en plena trifulca anticlerical sobre los enterramientos civiles el socialista bilbaíno Tomás Meabe dejara claro que no todas las muertes podían ser iguales, ya que «el que aquí, en España, de entre nosotros, muere venciendo, con honra, ése ha resistido un asedio terrible y merece todos los honores de héroe. Es un ejemplo, no de muertos, sino ejemplo para los vivos».

Da buena prueba de todo ello *Políticas de la muerte*. Cuya pretensión es la de estudiar los usos políticos de la muerte, en especial aquellos relacionados con los funerales y entierros —que no son sinónimos a pesar de su confuso empleo cotidiano— y el traslado de los restos durante el siglo xx, aunque la mayoría de los trabajos recogidos en libro se ocupan de la primera mitad de siglo. En suma, estamos ante una obra donde se abordan las complejas interrelaciones entre muerte y política. De hecho, la muerte se convirtió en un espacio ideal para la transmisión de mensajes políticos, de afirmaciones identitarias y de luchas en las que se buscaba legitimidad y poder. De los rituales fúnebres surgió el conflicto entre grupos contrarios, pero también en ellos se desarrollaron los enfrentamientos que les precedían. Asimismo, en este tipo de rituales se dieron cita múltiples retóricas, símbolos y liturgias, tanto de procedencia religiosa como laica, que cohesionaron socialmente a los asistentes. Durante las primeras cinco décadas del siglo xx, y en especial en la Europa de entreguerras, la muerte adquirió un protagonismo políticamente central, ya que concitaba conflictos sobre la nación, la religión o la ciudadanía. El fallecimiento, el homenaje, las tumbas y panteones, las manifestaciones de duelo, los entierros y un largo etcétera de aspectos del ritual fúnebre se integraron definitivamente de esta manera en la dinámica política europea.

Para quienes conozcan las anteriores aportaciones bibliográficas de la amplia nómina de colaboradores no hará falta convencerles en exceso de la pertinencia de la lectura de este libro de carácter interdisciplinar, en el que se recogen aportaciones de una decena de estudiosos españoles y extranjeros. Como es lógico, la mitad de las aportaciones tratan de analizar estudios de caso españoles, pero el espacio dedicado a las contribuciones internacionales permiten comenzar una fructífera línea comparativa, así como le confiere un valor añadido al conjunto (los casos europeos que se tratan son los de Rumanía, Grecia, Portugal, Alemania e Israel). Por lo tanto, intentaremos elaborar un breve resumen de las diversas contribuciones para demostrar que sumergirse en la lectura de este volumen es una magnífica opción para historiadores, sociólogos y politólogos, y siendo también conscientes que la gran variedad de aspectos tratados en sus páginas se merecen un espacio no disponible en una reseña.

Tras la completa introducción al volumen de Rafael Cruz, Olaf B. Rader (Universidad Humboldt de Berlín), en el que es el texto más amplio cronológicamente, nos recuerda que no solamente en la Europa del siglo xx se produjo esta interrelación entre política y muerte. Al hilo de la estela abierta en su libro *Tumba y poder* (Siruela, 2006), donde analizaba el culto político de los muertos, a partir de la tumba como una especie de templo de la memoria y de la legitimación del poder a lo largo de la historia, destaca cómo los restos funerarios se han convertido en elementos configuradores de identidad y portadores de memoria. Porque en definitiva se trataba de gestionar la memoria y vincularla a los mitos fundacionales de los colectivos, y esto es lo que termina en última instancia por asemejar a sociedades tan dispares como la Atenas clásica, los reinos medievales hispánicos o la Unión Soviética.

A continuación los textos de Diego Palacios y de Rafael Cruz (ambos de la Universidad Complutense), dedicados a Portugal y España respectivamente, corren paralelos y se complementan, ya que siguen una estructura afín que los hermana. En ambos el hilo conductor es la utilización de la muerte en la política peninsular desde el siglo xix, atendiendo a la acción colectiva y los repertorios fúnebres de movilización, que estimularon similares conflictos en estos dos países de tradición católica. Por un lado, la muerte se aprovechó como forma de protesta y resistencia ante el avance y la presencia del estado liberal decimonónico, ya que fueron estos gobiernos los que intentaron establecer una nueva política de la muerte, que chocaba tanto con la Iglesia católica como con las tradiciones locales, como prueban las *cementerías* portuguesas. Y por el otro, fue igualmente sustancial en la disputa entre clericales y anticlericales sobre el lugar que debía ocupar la religión en la sociedad, y aquí es donde el ejemplo español sirve de paradigma. Asimismo,

no se olvidan de que la muerte de líderes políticos o de destacados militantes se convirtieron en grandes momentos para reunir a sus correligionarios, proclamar la validez de sus ideales y fomentar la autoidentificación colectiva. Una de las conclusiones generales que se puede entresacar de estos dos ricos textos es que la centralidad del ritual fúnebre se debió a la imposibilidad de apelar a otros medios de movilización colectiva. Donde se encontraba limitado el derecho de participación pública, los funerales fueron políticamente más importantes, ya que en ellos se concitaron debates sobre la ciudadanía y la lucha por parcelas de poder.

Por su parte, la aportación de la historiadora israelí Idith Zertal (Universidad Hebrea de Jerusalén) extraída de su libro *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood* (Cambridge University Press, 2005), se centra en la muerte del héroe como cimentación del edificio nacional, siguiendo con la metáfora constructiva que utiliza la propia autora. Zertal toma como ejemplo el paradigmático caso de la derrota israelí en el asentamiento de Tel-Hai, donde falleció el héroe sionista Yosef Trumpeldor. La leyenda se levantó a partir de una elegía del líder revisionista Zeev Jobotinsky, en la que se señalaba que las últimas palabras de Trumpeldor habían sido «¡no es nada! Es bueno morir por nuestro país». Aunque parece más probable que la frase fuera más mundana («me asfixio, doctor»), el mensaje construido sobre la derrota de Tel Hai se difundió por todo Israel, y tanto la derecha como la izquierda sionista se apropiaron del símbolo. No en vano, Tel Hai demostraba esa retórica defensiva de «unos pocos contra los muchos», que alimentó al sionismo de las primeras décadas del siglo xx. En definitiva, la muerte de Trumpeldor se convirtió en el ejemplo educativo del heroico judío nuevo frente al viejo judío vacilante de la Diáspora, a la vez que permitía que nación y comunidad de muerte se fundieran mutuamente.

Una retórica de unos pocos contra los muchos que también se puede localizar en el discurso del nacionalsocialismo, ya que su religión política conformó una liturgia celebrativa en torno a los mártires nazis desde sus inicios como movimiento político, y que luego se perfeccionaría a partir de la llegada al poder. No es extraño que creyeran en algún momento que los muertos estaban políticamente a su servicio, ya que el grado de sofisticación que alcanzaron en relación a los rituales fúnebres fue altísimo. Jesús Casquete (Universidad del País Vasco) es el encargado de apuntar los mecanismos de los que se valieron para la creación del mártir nacionalsocialista, es decir, del nuevo hombre nazi, utilizando para ello el retrato de Horst Wessel. El joven militante, que falleció a inicios de los años treinta, terminó convertido en un mito político referencial por las hábiles manipulaciones de Joseph Goebbels, que descubrió el potencial emotivo y político del personaje, aun-

que eliminando, eso sí, las notas más oscuras de la biografía de Wessel. Se instauró de esta manera una narrativa simbólica que lo convirtió en un mártir que había dado su vida por el movimiento en uno de los barrios dominados por el enemigo, dando muestra de su empeño en pos del ideal en un acto de sacrificio absoluto. Aunque la realidad fuera diferente, no podían existir estridencias que entorpecieran el proyecto nacionalsocialista.

Otra de las vertientes de los conflictos que desencadenaron los rituales fúnebres fue la ocupación del espacio físico de la ciudad, con las consecuencias simbólicas que ello comportaba. El ensayo propuesto por Enric Ucelay Da Cal (Universidad Pompeu Fabra) dirige la mirada hacia la Barcelona del primer tercio del siglo xx con una arriesgada y sugerente hipótesis: el lujoso ritual del sepelio de los personajes de alto rango barceloneses tenía su origen, en cuanto a forma y liturgia, de la procesión religiosa del Corpus Christi, y su significado cívico, que recorrió antaño la ciudad. Para ello examina el patrón similar existente, a pesar de las distancias ideológicas, en los rituales fúnebres realizados con ocasión de las muertes del doctor Robert y de Jacint Verdaguer en la Restauración, y los de Santiago Rusiñol en los primeros meses de la República y Buenaventura Durruti ya en plena guerra. También la muerte de prohombres, en este caso políticos griegos, se convierte en el eje central del estudio de Vangelis Angelis (Universidad Panteion de Atenas). Sin embargo, y a diferencia del resto de artículos, se nos presenta una problemática inusual, ya que casualmente las muertes se encadenaron de tal forma que en 1936 murieron seis primeros ministros en el año 1936, cinco de ellos retirados y uno en activo. Curiosamente, la sociedad griega recibió estas muertes, como una consecuencia más de la crisis en la que estaba inmerso el país. Esta concatenación de fallecimientos de líderes políticos allanó considerablemente el camino para la instauración de la dictadura de Ionnis Metaxas, que también murió siendo primer ministro. Por ello, no es extraño que el autor remarque la oportunidad que ofrecen estas muertes políticas para reflexionar sobre la importancia del azar y la posición que éste ocupa en el desarrollo histórico, aunque después no se introduzca en este posible debate y se decida a analizar las repercusiones políticas en el corto y medio plazo.

La lucha de familias políticas dentro del franquismo centran las aportaciones de Zira Box (Universidad Complutense) y Xosé Manoel Nuñez Seixas (Universidad de Santiago de Compostela). Por un lado, los dos traslados con veinte años de diferencia que sufrieron los restos de José Antonio Primo de Rivera, el más conmemorado del martirologio franquista, suministran un magnífico termómetro para registrar la correlación de fuerzas y los enfrentamientos de los diferentes grupos políticos dentro del régimen. Como analiza Box el traslado de sus restos a la Basílica de El Escorial en 1939, no sin los

recelos y la crítica del monarquismo, fue la firme constatación de una Falange que en esos momentos estaba ganando el pulso por parcelas de poder dentro del régimen. No obstante, dos décadas después, en la reubicación de los restos de Primo en el Valle de los Caídos, la correlación de fuerzas ofrecía un dibujo diferente en el que el falangismo había dejado paso al grupo monárquico. Y por su parte, Nuñez Seixas dedica su artículo al tratamiento y ritual fúnebre de los cuatro mil soldados muertos en la unidad española de la División Azul, y aunque su análisis llegue hasta prácticamente la actualidad, se concentra en los problemas que se produjeron entre militares y falangistas en torno a la gestión de la memoria de los fallecidos. El análisis le lleva a describir la tensión que existió por la coexistencia del culto religioso y otras formas laicas relacionadas con los rituales de Falange, aunque terminara por predominar la iconografía y simbología católica.

También de un grupo fascista y de la Iglesia, en este caso ortodoxa, trata la contribución de Valentin Sândulescu (Centro de Estudios Avanzados de Sofía) sobre Rumanía, en la que reaparecen nociones como héroes, caídos, mártires o nuevos hombres. La trama capital es la celebración del multitudinario funeral en febrero de 1937 de Ion Mota y Vasile Marin, dos líderes del movimiento de la Guardia de Hierro, que habían acudido a España a luchar junto al bando golpista en defensa de lo que definían como *Cristiandad*. El impacto de estos fallecimientos fue considerable en la opinión pública rumana, tanto que la liturgia legionaria desarrollada por todo el país en los rituales fúnebres al paso de la comitiva, y cuyo centro estaba en el juramento Marin-Mota, facilitó el acercamiento al movimiento de miles de personas, tratando de conformar de esta manera «hombres nuevos» dispuestos al autosacrificio por la patria y la religión. Una sacralización política que en este caso además tuvo el apoyo de numerosos sacerdotes ortodoxos que se encontraban enfrentados con la jerarquía oficial, representada en el Patriarcado. Lo que parece indudable fue el resultado exitoso de este intento de fascistización fúnebre de las masas que recorrió toda Rumanía, porque tras la muerte de los dos legionarios, y en menos de un año, el número de militantes del movimiento se duplicó.

Cierra el volumen un texto de uno de los coordinadores, Jesús Casquete, donde se recogen las conclusiones. Así se destaca que los ritos funerarios se constituyeron en una fuente de cohesión grupal, ya que la política de la muerte persistentemente se transforma en política de memoria. Sin embargo, dichas políticas no pueden considerarse equivalentes según nos refiramos a regímenes totalitarios y a sistemas democráticos. Como muestra Casquete, en los primeros la muerte se convierte en un culto singularizado en el altar patriótico (piénsese en la figura de Horst Wessel), mientras las democracias

buscan una memoria agregada de los muertos (piénsese en el *Memorial Day* estadounidense). Igualmente se destaca un hecho que está presente en la gran mayoría de los ejemplos que se pueden entresacar de esta obra, y que en este caso sí sirve tanto para estados totalitarios como para las democracias: las políticas de la muerte tienen un sabor fúnebre hegemónicamente masculino.

Como puede desprenderse de lo señalado en esta recensión, *Políticas de la muerte es un rara avis* en el panorama académico español y esperemos que sirva de estímulo para próximas investigaciones sobre un campo fértil y abierto a nuevas aproximaciones. Y es un esfuerzo colectivo particular, no sólo por la materia examinada, sino también por las propias pretensiones de los editores del libro, a los que acompañan formidablemente las sugestivas miras intelectuales de los autores recogidos. Desgraciadamente no es común mostrar interés en realidades geográficas, y mucho menos acercarlas al lector español, como Grecia, Israel o Rumanía. E incluso sobre Portugal, porque no hay mejor imagen para definir la relación hispano-lusa que la de dos siameses unidos por la espalda. Sin embargo, se debe señalar un pequeño pero a esta cuidadosa edición, y no es otro que la ausencia de imágenes acompañando a los textos, especialmente cuando dos de ellos sí tienen enriquecedoras fotografías. La mayoría de las contribuciones hubiesen ganado con ese tratamiento gráfico. Por poner algunos ejemplos: hubiese sido atractivo comparar la ocupación del espacio de la Barcelona del primer tercio de siglo entre sí y con las representaciones del Corpus, u observar el monumento del león rugiente erigido en honor a los caídos de Tel Hai, y el hilo de memoria establecido allí, rodeado de jóvenes sionistas.

Tras la lectura de estas más de trescientas atrayentes páginas, donde se entrecruzan múltiples historias y procesos históricos apasionantes, una impresión destaca sobre todas las demás: pese a que la política la hagan los vivos, en numerosas ocasiones se ha edificado sobre los muertos. De hecho, tras la enorme mortalidad de la Gran Guerra esta forma de hacer política se intensificó de tal manera que se convirtió en un hecho cotidiano en la Europa de entreguerras. Este esfuerzo colectivo convida a reflexionar sobre los usos, y en especial sobre los abusos, políticos de la muerte y posibilita el esclarecimiento de algunas de las principales piezas desencajadas del puzzle global que conformó esa Europa negra, a la que se refirió el historiador británico Mark Mazower. Por todo ello, y porque estos rituales fúnebres no son solamente pasado, vale la pena retomar la acertada advertencia hacia el futuro con la que concluye su exposición Olaf Rader (pág. 35):

«Muchas ideas y acciones míticas de la premodernidad se han disuelto por completo en el baño ácido de la Ilustración, pero, por lo que se ve, la

práctica de remitirse con gran efectividad a la puesta en escena de rituales mortuorios en los prismas del poder ha resistido sin daño alguno a los intentos de descomposición de la razón. Todo apunta a que también en el futuro se les seguirán sonsacando sentidos nuevos a los huesos viejos».

Joseba Louzao
Universidad del País Vasco